



*TRES MESES ANTES*

**HASTA AHORA, LA REVOLUCIÓN HABÍA RESULTADO** ser sumamente aburrida.

–A menos que destronemos a Konto Theucinian, el Imperio Akhaiano nunca podrá seguir el ejemplo de sus vecinos y dar lugar... –Markos hizo una pausa mientras revolvió sus notas–. Eh, y dar lugar a la nueva era de la democracia. Otros países más progresistas están empoderando a los trabajadores y fomentado el pensamiento libre. No podemos esperar eso de Theucinian. Se aferrará al poder a cualquier precio, llegando incluso al extremo de asesinar a su propia sangre.

Desde mi mesa ubicada al fondo del teatro, lo alenté silenciosamente. La voz de Markos se volvió más firme al continuar su discurso.

–Mi padre, el Emparqués. Mi madre, la Emparquesa. Mi hermano, el heredero. Theucinian es despiadado y no le preocupan los problemas de la gente común.

–¡Tú te criaste en el palacio del Emparqués, muchacho! –gritó un hombre desde el foso frente al escenario–. ¿Qué sabes tú acerca de la gente común?

Una oleada de risas se propagó por el foso. El teatro estaba dividido en diferentes sectores: había mesas elevadas a lo largo de los extremos más alejados para la gente que podía pagar, y un palco privado arriba para aquellos que pagaban aun más; pero los hombres que colmaban el piso del teatro eran tipos bruscos. Las uñas se me clavaron en las palmas de las manos, pero sabía que no podía saltar a defender a Markos.

Vaciló mientras el rubor iba cubriendo sus mejillas hasta llegar a la punta de sus orejas. Se volvió y dirigió su respuesta al hombre que le había gritado.

–Durante estos tres meses desde que mi padre fue asesinado, he recorrido las tierras fluviales en una balandra de carga –arriba en el palco, un hombre vestido con una túnica de seda puso los ojos en blanco–. Y he hablado con muchos trabajadores, hombres y mujeres. He aprendido mucho –dijo apresuradamente–. Y estoy dispuesto a seguir aprendiendo. Y escuchando. Como su Emparqués, me comprometería a hacer eso mismo.

Sola en mi mesa, sonreí. Lo que Markos les había dicho a estas personas era cierto. Había cambiado tanto desde aquel día en que desobedecí temerariamente mis órdenes y abrí el cajón encantado donde lo encontré. Desví mi mirada hacia los rostros de los nobles akhaianos que estaban sentados en el palco, separados de los bulliciosos comerciantes



y marineros que estaban de pie en el foso. Era su apoyo el que Markos debía conseguir.

Antidoros Peregrine se levantó de una silla en el escenario y apoyó su mano sobre el hombro de Markos.

–Su Excelencia es tan víctima como ustedes, de lo que sucede cuando los hombres buscan el poder sin pensar en su prójimo –continuó, proyectando su voz–. Citando al gran licenciado en derecho y filósofo Gaius Basilides...

Mientras Lord Peregrine se lanzaba de lleno a su discurso, Markos bajó disimuladamente del escenario y avanzó zigzagueando entre la gente hacia mí. Era media cabeza más alto que la mayoría de los hombres, por lo tanto su cabello negro ondulado se veía por encima de la multitud. Una o dos personas lo detuvieron para decirle unas palabras y él los escuchó cortésmente. La mayoría estaban demasiado absortos en el discurso de Peregrine para prestar atención a Markos, pero noté que el hombre que le había gritado se abrió paso a empujones entre el público para estrechar su mano.

Markos se dejó caer en la silla que estaba junto a la mía con un quejido.

–Me odiaron.

Empujé una jarra de cerveza fría hacia él y dije:

–No fue tan malo. No te arrojaron fruta podrida ni nada por el estilo.

–Todavía.

Se inclinó hacia delante hasta apoyar la frente sobre la mesa. Podría haberle dicho que no era muy aconsejable hacer eso en un teatro público... pero no lo hice.

Antidoros Peregrine había convencido a tres lores akhaianos de la zona de escuchar a Markos hablar. Esa era la verdadera razón por la que habíamos venido a Edessa. También había insistido en que el evento fuese abierto al público, pero al elevar la mirada hacia el palco me pregunté si



había sido una buena idea. Vi cómo un acomodador tiraba de la manga de uno de los lores para preguntarle si quería algo de beber. El lord, ofendido, apartó el brazo y se acomodó la túnica.

Me volví hacia Markos y pregunté:

–¿Creíste que sería fácil iniciar una guerra?

Se enderezó.

–Maldición, Antidoros quiere ponerme en el trono para *evitar* una guerra –bebió un gran trago de su jarra–. Es la única razón por la que lo dejé convencerme de dar este discurso en primer lugar. Una revolución política sin sangre.

Aparté mi mirada de los nobles. Antidoros era un idealista. Yo, por mi parte, no creía que fuera a ser tan fácil. La gente común y los nobles querían cosas tan diferentes. Y hasta el momento, los lores se mostraban cautelosos acerca de apoyar el derecho al trono de Markos.

Observó cómo Antidoros Peregrine cautivaba al público.

–Todo esto se le da tan bien. Le envidio eso –dijo, y se le formó una arruga entre los ojos–. Él solía ser lord, pero notarás que nadie le está gritando.

–Tu padre lo exilió de Akhaia por escribir acerca de los problemas de la gente común –le recordé–. Él los defendió y perdió todo. La gente respeta eso.

–Y se ha ganado su respeto, no cabe duda.

Por costumbre, se llevó la mano hacia la oreja para tirar de su arete, pero se detuvo de golpe. Le faltaba la parte inferior de la oreja izquierda. Un pirata particularmente inescrupuloso se la había quitado para llevársela de recuerdo.

–Tú también lo harás –le acomodé un mechón de cabello detrás de la oreja–. Algún día.

–Si solo pudiese hablar como él –suspiró–. Oh, supongo que mis tutores me instruyeron bastante bien. Puedo recitar las veintiséis estrofas



de la *Epopéya de Xanto*, pero no soy un orador nato. No como Peregrine –apartó su jarra–. Supongo que venir aquí valió la pena de todos modos, para practicar.

Lo tomé por el cuello de la camisa.

–Markos Andela –generalmente no lo llamaba por su nombre completo, así que eso captó su atención–. Nunca podría hacer lo que tú hiciste recién. ¿Y qué si no eres un orador nato? La mayoría no lo somos. Lo estás intentando.

–Solo desearía saber si algo de todo esto *importa*.

Alzó la mirada hacia los lores que estaban en el palco. Dos de ellos habían dejado de escuchar a Peregrine y estaban susurrando por detrás de sus manos, y el tercero estaba sentado, impertérrito, pero se podía ver claramente que estaba en desacuerdo con todo lo que estaba escuchando. No nos miraba.

Markos me tomó del mentón y me besó. Parte de mí se estremeció de placer, porque me gustaba besarlo. Enredé mis dedos en su cabello y me aproximé más hacia él. Pero mi lado más práctico sabía que esto era una muy mala idea. Con un suspiro, lo solté.

–Caro, ¿por qué miras hacia allá? –preguntó, mientras intentaba llevar mis labios de vuelta hacia los suyos.

Me resistí y lo esquivé para echar un vistazo a la multitud que estaba en el foso.

–Se supone que debo mantenerme alerta por si hay asesinos a sueldo –recorrió mi oreja con sus labios, mientras yo intentaba ver alrededor de su cabeza–. ¿Y si alguien te mata mientras me estás besando?

Sus labios se curvaron apoyados contra mi piel.

–Entonces, al menos, moriré feliz –susurró haciéndome cosquillas en el cuello.

–Markos, no seas romántico y estúpido.

Alejí mi silla de la suya y la apoyé contra el suelo ruidosamente.



Aunque él estuviese dispuesto a permitirse una distracción, yo no podía. Para llegar hasta aquí, habíamos cruzado la frontera hacia Akhaia. Antidoros Peregrine consideraba que valía la pena el riesgo ya que, después de todo, Edessa era solo una pequeña ciudad ballenera, alejada del corazón del imperio. Yo no estaba tan segura. En los tres meses desde que Markos y yo nos habíamos establecido en Valonikos, ya habíamos tenido dos roces con asesinos a sueldo. Sin duda habían sido enviados por Konto Theucinian, el hombre que había asesinado a la familia de Markos y le había robado el trono a su padre. Escudriñé la multitud mientras tamborileaba con los dedos sobre mi pistola. No se veían como mercenarios, pero algunos hombres estaban dispuestos a hacer cosas horribles por la promesa de dinero.

Suspiré. Desde el día en que había abierto el cajón, ya nada era seguro. En aquel entonces, me sentía completamente satisfecha con ser la primera oficial de papá a bordo del *Cormorán*, comerciando por las tierras fluviales de Kynthessa, mi país natal. Hasta que Konto Theucinian, el primo del padre de Markos, se había apoderado del trono de Akhaia en un sangriento golpe de estado y yo me había visto envuelta en todo esto. Cuando conocí a Markos, era el segundo hijo de un Embarqués, arrogante y con una crianza protegida. Juntos habíamos luchado contra los Perros Negros y habíamos rescatado a su hermana... Y también habíamos discutido bastante.

Todavía lo hacíamos. Esbocé una sonrisa. Pero ahora, nuestras discusiones generalmente terminaban con besos, que debo admitir que es mucho más divertido.

Una vez que Peregrine terminó su discurso y el teatro se vació, los tres lores que estaban en el palco descendieron. Ya había olvidado sus nombres y títulos. Habíamos pasado por tantas de estas reuniones en los últimos meses. Yo no tenía buena memoria para los títulos y, de todos modos, estos hombres nunca me miraban.



Markos les estrechó las manos. Tensó sus hombros y dijo:

–Gracias por haber venido el día de hoy. Espero poder contar con su apoyo.

El primer lord les lanzó una mirada a los otros dos antes de decir:

–Te convendría más probar suerte en la península. Allí están tan alejados de la capital que... bueno, pueden darse el lujo de ser un poco más temerarios. Lord Pherenekian es un progresista –arrugó la nariz como si hubiese olido algo feo–. Podrías hablar con él.

Markos no se tomó la molestia de ocultar su desdén en él al hablar.

–Ustedes asistieron a la boda de mi padre.

–Sí, bueno –el lord llamó a su ayuda de cámara quien se apresuró a colocarle una capa de brocado de terciopelo alrededor de los hombros–. Tú no eres tu padre. Si fueras Loukas, podría haber sido diferente.

Las fosas nasales de Markos se ensancharon.

–Soy tan hijo de mi padre como lo era mi hermano.

El segundo lord habló por fin, mientras se sacudía un poco de polvo invisible de la túnica.

–Loukas Andela no se presentaría en un teatro público para complacer a la gentuza ni muerto.

Cerré las manos, formando puños, para evitar llevarlas hacia mis pistolas. ¿Cómo se atrevía? Loukas *estaba* muerto. El comentario había tenido la intención de herirlo y, con un vistazo hacia Markos, pude confirmar que había surtido efecto. Su rostro se había congelado en una expresión rígida.

Se enderezó.

–Les doy las gracias por haber venido el día de hoy –dijo regiamente, mirándolos con desprecio–. Sabrán disculparme si no los acompaño hasta la puerta.

Dándoles la espalda, se alejó.



Lo observé con una mueca consternada. Esos hombres eran lores de Akhaia, y Markos los había desestimado como si no fuesen más que suciedad bajo sus botas. Supuse que podíamos quitarlos de la lista.

Alcancé a Markos y le apreté el brazo.

–Hay muchos otros nobles. Algunos de ellos de seguro te brindarán su apoyo. Creo que nos tomará más trabajo del que esperábamos, eso es todo.

Apretó los labios hasta que formaron una delgada línea.

–Solo regresemos al barco.

Mientras nos dirigíamos hacia el puerto, Markos y Peregrine caminaban adelante y yo me mantuve dos pasos atrás. Ni en sueños iba a permitir que alguien asesinara a Markos mientras yo estuviese presente. La gente en las calles nos lanzaba miradas curiosas, en especial a mí.

La mayoría de las personas del sur de Akhaia tenían la piel aceitunada y el cabello oscuro. Yo tenía el rostro moreno claro y con pecas, y mi cabello era una mata de rizos espirales castaño-rojizos. Pero Edessa era una ciudad costera que recibía balleneros de todo el mundo. Probablemente no era mi apariencia lo que hacía que la gente se quedase mirándome, sino el hecho de que iba fuertemente armada para una chica de diecisiete años. Caminaba con decisión por las calles cercanas a los muelles, con una chaqueta de hombre abierta en la cintura para dejar a la vista los fusiles de chispa que llevaba en el cinturón, que tenían leones en los mangos hechos de oro verdadero.

Sentí el océano antes de verlo. Por detrás del murmullo y el traqueteo de la ciudad, oí el chillido de las gaviotas. Sus gritos salvajes sonaban como tentadores fragmentos de un idioma que no podía entender del todo. Sentí el ritmo ondulante de las olas, aunque mis botas pisaban adoquines. Todavía me resultaba extraño ser elegida por la diosa del mar.





Mi primer recuerdo es estar sentada sobre la rodilla de papá observando el río lento y turbio. Las libélulas se mueven velozmente sobre los juncos y las ranas chapotean en los bajíos.

“Hay un dios en el fondo del río”, me susurra papá al oído.

Ocho generaciones de la familia Oresteia antes de mí fueron elegidas por el dios del río, que guía a los balanderos a través de los sinuosos pantanos. Yo siempre supe exactamente cuál sería mi destino. No podía esperar a ser uno de los valientes balanderos de los cuentos de papá, que contrabandeaban ron, eludían magistrados y tenían aventuras con hombres-rana y cocodrilos mágicos.

Pero, del mismo modo en que hay un dios en el fondo del río, hay una diosa que yace bajo el océano. Y ella tenía otros planes para mí.

El *Vix* flotaba plácidamente en la dársena, y su pintura azul nueva resplandecía. Era un cúter de un palo, pequeño y veloz, construido para volar entre las islas y bahías de la costa. Había escuchado a la gente murmurar que yo era demasiado joven para ser capitana de un barco de contrabando. Pero los periódicos aseguraban que se lo había robado a un pirata llamado Diric Melanos, que había desaparecido en circunstancias sospechosas.

Así que supongo que no tenían muchas ganas de decírmelo a la cara.

Nereus, mi primer oficial, se levantó de un salto, abandonando su juego de dados. Su cabello blanqueado por el sol se agitó en la brisa.

–¿Cómo les fue?

–No muy bien –dije en voz baja.

Peregrine estaba enfrascado en una conversación con Markos, con la mano apoyada sobre su hombro. Los observé descender bajo cubierta. Si alguien podía cambiar el estado de ánimo de Markos, sin duda ese era Peregrine.

–Entonces, ¿regresamos a Valonikos? –preguntó el segundo oficial.



Patroklos era un hombre alto y delgado, con el cabello pelirrojo oscuro recogido en una trenza y que hablaba con el acento del norte de Akhaia. Verlo gritando órdenes en cubierta o cazando drizas me hacía sentir como en casa, creo que porque me recordaba a papá.

–Sí, señor –dije, y sentí que el viento me susurraba–. Pongámonos en marcha. Venir aquí fue una pérdida de tiempo.

Dejamos Edessa con las velas infladas por la agradable brisa del sur. Con una mano sobre la caña del timón del *Vix*, mantuve la costa a mi derecha. Una manada de delfines surcó el agua por la amura de estribor. Cerca de donde estábamos, había un banco rocoso bajo el agua, invisible a los ojos. Esa noche, las olas quedarían aplanadas por fuertes ráfagas y llegaría la lluvia. Sabía estas cosas como sabía mi propio nombre. Desde que la diosa del mar me había elegido, había adquirido un sexto sentido.

Delante de nosotros había un buque naval que se preparaba para hacerse a la mar, sus velas cuadras blancas resplandecían bajo el sol de la tarde. En el tope de su mástil ondeaba una bandera roja con un león de montaña dorado que indicaba que se trataba de una nave de la Flota Leonina de Akhaia.

Apreté los labios mientras observaba pensativamente el barco. Tres meses atrás le había prometido a Markos que navegaría para él como corsaria. Pero desde ese momento, el *Vix* había estado atrapado en el puerto de Valonikos, mientras Antidoros Peregrine arrastraba a Markos a reunión tras reunión. La travesía de hoy era lo más lejos que habíamos navegado.

Aunque me resistía a decírselo a Markos, me inquietaba no saber qué lugar ocupaba yo en esta rebelión. El *Vix* era como un mosquito, pequeño y molesto, y podía picar fuerte. Tenía que haber algo que pudiéramos hacer, un bloqueo que hubiese que sortear o algún barco akhaiano que perseguir. Creía en Markos y quería estar con él. Y, sin



embargo... no podía evitar sentirme un poco como un pájaro al que le habían cortado las alas.

Una gaviota se posó sobre la barandilla aleteando sus plumas grises. Giró la cabeza para clavarme un ojito redondo y brillante, y susurró:

–Lo quieres, ¿no es así? Los cañones. La persecución.

Su pico no se movió, pero no era necesario. Yo sabía que la voz no provenía de la gaviota en realidad.

–¿De qué sirve un barco en el puerto? –dijo la diosa del mar con tono burlón.

Apreté la caña del timón. No se refería solo al *Vix*.

Por mi mente comenzaron a pasar imágenes que me inundaron de sensaciones extrañas. Me estremecí al sentir que el *Vix* surcaba las olas. Las balas de los cañones golpeaban el casco de mi enemigo con una gratificante explosión de astillas. El barco akhaiano se precipitaba entre las olas delante de nosotros, escorado hacia un lado. Era grande y pesado, había sido construido para transportar suministros. No era rival para el *Vix*.

Los cabos se tensaron mientras los rezones acercaban el barco a mi presa, más y más...

Parpadeé. Nunca antes había estado ni cerca de una batalla naval, pero de algún modo, esa visión me había resultado tan visceral como un recuerdo. Me percaté de que la gaviota me observaba con una sagaz sonrisa de satisfacción.

–Basta –le dije a la diosa del mar, fingiendo que mi corazón no latía a toda velocidad.

–Tú naciste para esto. La emoción de la batalla. El poder del mar –la gaviota giró la cabeza para observar los tejados rojos de Valonikos en el horizonte–. Me estoy cansando de este puerto.

–Bueno, yo no –solté con tono brusco, aunque sospechaba que ella sabía que estaba mintiendo–. Y deja de poner cosas en mi cabeza.



La diosa nunca antes había hecho algo así. Me había resultado invasivo y... *estimulante*, susurró una pequeña parte de mí. Con una mano sudorosa sobre la caña del timón me recordé con firmeza que la sed de sangre que había sentido no era mía. Me desconcertaba que la diosa pudiese hacerme sentir algo así. Por un momento, había creído que era real.

Todavía había tanto que no sabía acerca de ella. Y, a veces, no estaba segura de querer saberlo.

Cuando llegamos a Valonikos, un hombre nos estaba esperando en el muelle. Llevaba una capa de terciopelo y un sombrero negro de tres picos, y tenía pinta de funcionario. Mi sentido del peligro se despertó y sujeté con fuerza el mango de mi pistola.

El hombre juntó los talones con un chasquido e hizo una reverencia.

—¿Markos Andela?

Crucé una mirada preocupada con Markos. Intentábamos no decir su nombre tan alto en público. Era demasiado peligroso.

Amartillé mi pistola.

—¿Qué quiere?

Los ojos del desconocido se abrieron un poco.

—Por favor, señorita —hurgó en sus bolsillos y sacó una carta con un ostentoso sello de lacre—. Soy un mensajero, proveniente de Eryth. Le prometí al Arconte que depositaría esta carta directamente en las manos de Su Excelencia. En... en privado.

Peregrine me miró con una expresión entretenida.

—Tranquila, Caroline —dijo y tocó mi brazo—. Démosle al hombre una oportunidad de explicarse antes de sacar las pistolas.

—Lo siento —le respondí al mensajero mientras guardaba el arma—. Mark... Su Excelencia fue atacado en las calles de Valonikos recientemente. Así que comprenderá mi cautela.

Markos señaló la calle.

–Por favor, acompáñeme de regreso a mi alojamiento, donde podremos discutir su mensaje sin interrupciones.

Se volvió hacia mí y me besó en la frente. Y con su tono de voz normal agregó:

–Estaremos suficientemente a salvo en la casa de Peregrine. ¿Cenamos donde siempre?

–Sí –prometí mientras le apretaba la mano–. Me cambiaré y te veré allí a las ocho.

Los observé mientras se alejaban. No me agradaba dejar que Markos se marchase con un desconocido. Me recordé que tenía sus espadas. Él siempre llevaba un par de espadas cortas y era un experto espadachín. Además, Peregrine estaría al otro lado de la puerta.

De todos modos, me quedé mirándolos hasta que desaparecieron entre la multitud que estaba en la calle.

–Papá nunca te va a dejar –oí que decía un hombre detrás de mí con tono burlón–. No tienes la fuerza necesaria para manejar la maquinaria.

Me di vuelta y vi a Docia Argyrus, la hija del salvamentero, que se aproximaba por el muelle mientras su falda se agitaba alrededor de sus tobillos. Tenía el cabello oscuro recogido en un práctico rodete. Llevaba un montón de mapas metidos bajo un brazo y un libro de cuentas en la mano.

Un hombre caminaba detrás de ella.

–Y, de todos modos –continuó diciendo–, los tripulantes de los salvamentos son rudos. Los hombres no te harán caso.

–Según recuerdo, *tú* empezaste a trabajar en la barcaza cuando tenías quince –respondió Docia con brusquedad–. Y podría añadir que además eras un chiquillo bajito y flacucho. Soy mejor buzo que tú y que Hadrian. Papá me enseñó lo mismo que a ustedes dos. Oh, hola, Caro –señaló al hombre–. Este es mi hermano Torin. Es un idiota.



Torin era un hombre fornido con la piel bronceada. Llevaba botas embarradas y un suéter de pescador.

–Date por vencida, hermanita –dijo y le dio una palmada en el hombro–. El salvamento no es un trabajo para mujeres. Además, ¿quién querría estar todo el día en una barcaza, buceando y acarreado y vadeando en el lodo y la mugre, cuando podrías estar relajándote en la oficina? En mi opinión, tú eres la afortunada.

–¿Crees que ocuparse de todos los contratos y el trabajo administrativo es fácil? –preguntó–. Si alguna vez decido abandonar Argyrus e Hijos, ninguno de ustedes sabrá qué los golpeó.

–¿Qué es eso de abandonarnos?

Docia se volvió para que solo yo pudiese ver que ponía los ojos en blanco.

–Vete a casa a molestar a tu esposa –le dijo a Torin–. Yo estaré en la oficina *relajándome*.

Su hermano se encogió de hombros y se alejó sin prisa por el muelle. Docia le hizo un gesto grosero a sus espaldas.

Docia Argyrus y yo nos habíamos hecho amigas durante mi estadía en Valonikos. No había visto a mi prima Kenté desde que se marchó a Triikkaia para formarse como Mujer de las sombras, y había echado de menos tener a una chica con quien hablar. Docia tenía dos años más que yo, pero teníamos mucho en común. Ambas éramos hijas de capitanes de barco, chicas de clase trabajadora que nos habíamos criado en el agua.

Hice una mueca al ver la expresión amargada de su rostro. El problema era que su padre tenía una mentalidad un poco más retrógrada que el mío.

Docia señaló en dirección al pueblo.

–¿Vamos al pub?

Vacilé. El enviado parecía muy ansioso por poner esa carta en manos de Markos, así que debía ser importante. Pero no podía simplemente



entrometerme en su reunión. No cuando el mensajero había pedido hablar con Markos a solas. Suponía que no había nada de malo en beber una pinta mientras esperaba.

–Sí, vamos –decidí, y comenzamos a caminar por el muelle–. Pero solo un trago. Tengo que encontrarme con Markos en La red de la abundancia.

–Ooohhh, *Markos* –dijo con tono burlón–. No querría que llegues tarde a cenar con tu muchacho.

Me ruboricé.

–No es mi muchacho –mentí–. ¿Qué es eso de abandonar Argyrus e Hijos? ¿Crees que alguna vez lo harías?

Soltó un resoplido.

–No. Pero les serviría de lección si me fuese de repente. Me pondría un local al otro lado de la calle. Lo llamaría Argyrus e Hijas –una sonrisa se dibujó en su rostro poco atractivo–. Cobraría apenas un poco menos, por supuesto, como para menoscabarlos y quitarles trabajo.

–Bueno, es lo correcto –dije.

Al llegar al final del muelle, lancé una mirada en dirección a la casa de Antidoros Peregrine. Me consumía la curiosidad, pero tendría que esperar hasta la cena para escuchar de qué se trataba ese mensaje urgente.

Solo esperaba que esta vez fuesen buenas noticias.

